

Las ciencias sociales en tiempos de crisis

Eguzki Urteaga
Universidad del País Vasco ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/ra.93758>

Fassin, Didier (2023). *Sciences sociales par temps de crise*. Paris: Collège de France Éditions.

Didier Fassin acaba de publicar su libro, titulado *Sciences sociales par temps de crise*, en la editorial del Collège de France. Conviene recordar que el autor es catedrático de ciencias sociales en el *Institute for Advanced Study* y director de estudios en antropología política y moral en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. En 2021, fue titular de la cátedra anual de sanidad pública en el Collège de France. Asimismo, ha sido profesor invitado en numerosas universidades, tales como Princeton, Hong Kong, Chengdu, Melbourne, Johannesburgo, Buenos Aires, Cambridge y Bruselas. Fue co-fundador y primer director del *Institut de Recherche Interdisciplinaire sur les Enjeux Sociaux*. Galardonado, en 2016, con la Medalla de Oro de antropología por la Academia Real de las Ciencias de Suecia, ha sido, en 2018, el primer investigador en ciencias sociales en recibir la *Nomis Distinguished Scientist Award*. En 2021 recibe el título de *Doctor Honoris Causa* de la Universidad de Lieja. Es autor de numerosas obras, traducidas en siete lenguas, entre las cuales podemos citar *La raison humanitaire* (2010), *La force de l'ordre* (2011), *Juger, réprimer, accompagner* (2013) o *Les mondes de la santé publique* (2021).

En la presente obra, Fassin parte de la constatación de que, “frente a la crisis posterior a la debacle del ejército francés [en 1940], la firma del armisticio franco-alemán, la ocupación de una amplia parte del país por los nazis y la instauración de un gobierno [colaboracionista] en Vichy, las grandes figuras de las ciencias sociales francesas tendrán destinos diferentes. Dos ilustraciones: uno es antropólogo, [mientras que] otro es historiador” (pp.11-12). El primero es Claude Lévi-Strauss que, tras desplazarse a Nueva York, donde integra la *New School for Social Research*, vuelve a Francia tras la guerra para convertirse en director de estudios en la *École Pratique des Hautes Études en Sciences Sociales* y, posteriormente, en catedrático de antropología en el Collège de France. El segundo es Marc Bloch, catedrático de Historia en la Universidad de la Sorbona, que es destituido de su cargo por el gobierno de Vichy, antes de ser detenido, torturado y ejecutado.

Así, comparando las trayectorias del autor de *Tristes Tropiques* (Lévi-Strauss, 1955), que fallece centenario, y del autor de los *Rois thaumaturges* (Bloch, 1983), ejecutado con tan solo 57 años, el autor desea llevar a cabo “una reflexión sobre las ciencias sociales en tiempos de crisis” (p.14). No se trata de valorar estas trayectorias, sino de indicar que son el resultado de “decisiones (partir hacia los Estados Unidos o entrar en la Resistencia) y de disposiciones (ambición académica o compromiso patriótico), pero también de contextos (confort de las bibliotecas alejadas de la guerra o amenaza inminente de las tropas nazis) y de circunstancias (destitución del cargo en París, o dificultades con los servicios de la inmigración de los Estados Unidos y levantamiento de la inhabilitación por el régimen de Vichy)” (p.16).

Esta dualidad del compromiso “se encuentra en numerosas coyunturas a las que se enfrentan [aquellos] cuyo oficio es la investigación en ciencias sociales en diferentes lugares [y en] distintas épocas” (p.16). Según el autor, si la coyuntura actual es menos trágica que la Segunda Guerra Mundial, sinónimo de violencia, de brutalidad y de genocidio, es preciso desarrollar una reflexión sobre un conjunto de coyunturas contemporáneas preocupantes, que se califican de crisis y “ante las cuales se plantea, con insistencia, la cuestión del lugar y del rol de las ciencias sociales” (p.17).

Entre estas crisis figuran la “crisis del calentamiento climático, la más grave a largo plazo, aunque ya sea perceptible en todo el planeta”; la “crisis de la gobernanza mundial, que la pandemia ha revelado con la impreparación y la impericia de los poderes públicos”; la crisis socioeconómica, vinculada a “los excesos de un neoliberalismo implacable con los bienes comunes”; la crisis de confianza, con el “recrudescimiento de los discursos negacionistas y de las teorías conspirativas”; la “crisis de las relaciones internacionales, que se traduce en la multiplicación de los conflictos”; la “crisis de la vida democrática, marcada, según los contextos nacionales, por el auge de los autoritarismos y de los populismos, la discriminación y la opresión de las minorías, la censura y la represión de la oposición, el aumento de la abstención en las elecciones”; la “crisis de las migraciones, que resulta ser ante todo una progresión de las intolerancias, un retroceso de los derechos humanos y una fragilización de la protección de asilo” (pp.18-19).

Fassin se detiene en la etimología y la historia de la noción de crisis. Recuerda que, en griego antiguo, “significa, a la vez, la acción de distinguir, de separar, y la acción de decidir, de juzgar. Puede tratarse de discriminar entre cosas, personas, situaciones, o de determinar el desenlace de un conflicto, un concurso, una elección. Por lo tanto, se combinan un sentido analítico y un sentido normativo” (pp.19-20). Esta concepción es aplicada a la enfermedad así como a la guerra o al juicio, dado que se habla de derrota o de victoria, de condena o de absolución. En estas diferentes coyunturas, nos dice el autor, es posible “hablar de fase crítica (es decir, de un momento en el que se dibuja la crisis) que exige una evaluación crítica (es decir, un juicio que es susceptible de desatarla)” (p.20).

En ese sentido, las palabras crisis y crítica tienen el mismo origen y “resolver una crisis supone un trabajo crítico” (p.20). Ese aspecto es esencial para las ciencias sociales, dado que “les incumbe llevar a cabo semejante operación crítica para comprender lo que significa y lo que implica la caracterización de un hecho como ‘crisis’, aunque esta designación tienda a suspender el sentido crítico, e incluso a descalificarlo, en nombre de la necesidad de intervenir sin demora” (p.20). Si durante un largo periodo, la noción de crisis tiene ante todo una connotación médica, “la crisis adquiere igualmente un sentido político a finales del siglo XVIII, por ejemplo bajo la pluma de Rousseau y Diderot, que anuncian de manera premonitrice estar en vísperas de una revolución” (p.21). Durante el siglo XIX, su uso es “frecuente en economía para describir unos fenómenos cíclicos de recesión, en los cuales Marx y Engels perciben el derrumbe futuro del capitalismo” (p.21). Y, en el siglo XX, su utilización “se generaliza a prácticamente todos los aspectos de la vida, corriendo el riesgo de una banalización y de un empobrecimiento” (p.21).

Por lo cual, Fassin se pregunta: “¿Cómo comprender esta ubicuidad de la noción de crisis en el mundo moderno y qué vínculo tiene con el despliegue creciente del pensamiento crítico en las sociedades europeas?” (p.21). Aunque las respuestas de Koselleck y de Foucault a esta pregunta sean diferentes, ambos “asocian la crisis y la crítica de la modernidad, e incluso, más precisamente, la modernidad occidental” (p.22). Mientras que, para el primero, la crisis marca una ruptura con el paso del tiempo que es característico de la modernidad, para el segundo, “la crítica es un nuevo modo de relación al presente y a sí mismo, [siendo] una actitud que define la modernidad” (p.22). Pero, en ambos casos, presuponen “una visión etnocéntrica que oculta, a la vez, los mundos no occidentales y, en el seno del mundo occidental, sus minorías, especialmente aquellas racializadas” (p.23).

En las sociedades no occidentales, Said (2000) muestra cómo, “de las novelas humanísticas británicas del siglo XIX a las películas comprometidas contemporáneas, la mirada, incluso cuando es crítica con el colonialismo y el imperialismo, sigue siendo la de personajes occidentales que luchan contra la opresión y liberan a los oprimidos” (pp.23-24). Esta visión es insostenible tras las obras de Fanon, Cabral, Rushdie o García Márquez. La antropología, más que otras disciplinas, “ha estado preocupada, desde sus orígenes, por el análisis de Said. Que lo quiera o no, es la heredera, a la vez, de su vínculo con el colonialismo y el imperialismo, aunque haya tomado sus distancias en numerosas ocasiones, y de la representación dualista del mundo de sus inicios” (p.25).

En cuanto a las minorías en los países occidentales, Mills constata la ausencia de una “*critical race theory* (teoría crítica de la raza), no solamente en la filosofía tradicional, sino también en la filosofía marxista, puesto que estos temas están prácticamente ausentes de los trabajos de la Escuela de Frankfurt desde sus orígenes, y de la filosofía analítica, puesto que (...) Rawls no menciona prácticamente la dimensión racial y no evoca nunca el colonialismo o el imperialismo” (pp.25-26). Todo ello, a pesar de que existe una literatura abundante en esta materia, con las obras de Césaire, Wright o Ellison, a las que pueden añadirse los trabajos sobre las demás minorías.

Sobre esta base, nos dice Fassin, es posible “volver a la relación entre crisis y crítica e interrogarse de manera crítica sobre las condiciones de posibilidad o de imposibilidad de una crisis” (p.27). Como lo indica Habermas, los componentes objetivos y subjetivos son indispensables a la hora de hablar de crisis. No es suficiente que un problema se plantee a la sociedad, dado que es necesario que sea percibido como tal. “Así, numerosas situaciones críticas corresponden a esta conjunción de ambos procesos, la objetivación pudiendo preceder a la subjetivación o sucederle” (p.29). Pero, el autor se pregunta, ¿Qué ocurre cuando se produce una disociación entre ambos fenómenos: la subjetivación de una crisis sin su objetivación o la objetivación de una situación crítica sin su subjetivación? Ambas situaciones permiten aclarar, a la vez, las lógicas de la crisis y la importancia de la crítica” (p.29).

Lo cierto es que, “lo que se denomina crisis es siempre una construcción social. Se base o no en hechos, necesita agentes que la legitimen” (p.32). Esto implica recurrir a las nociones de autoridad y de autorización. De hecho, “la autoridad está del lado de la causa, [dado que] permite que la crisis sea”, mientras que “la autorización está del lado de los efectos, [puesto que es] lo que permite la crisis cuando es nombrada” (p.33). A su vez, “la designación de una situación como ‘crisis’ o su denegación no es neutral, [ya que] surte efectos” (p.35). En ese sentido, indica Fassin, corresponde a las ciencias sociales contribuir al desvelamiento de la realidad social e incumbe a los investigadores ofrecer una mirada crítica sobre la crisis” (p.37).

Fassin nos invita a ser prudentes hacia el lenguaje de la crisis, “sea exagerado para suscitar unas [situaciones de] pánico moral, sea, al contrario, sofocado para apagar las reacciones políticas” (p.37). Para el autor, esta cautela es necesaria cuando se produce “una convergencia aparente entre [una] situación crítica y [un] discurso de crisis, entre los hechos objetivados y las impresiones subjetivas. En efecto, hablar de crisis es producir a la vez una afectividad y una temporalidad particulares que tienen como fin, o al menos como efecto, producir consenso en torno a una forma más o menos abierta de decisionismo” (p.37). Lo cierto es que la afectividad preponderante en la crisis es el miedo en general y el temor del otro en particular, sea migrante, viajero o manifestante, dado que “sirve para justificar unas políticas [represivas] y autoritarias” (p.37).

Al contrario, las situaciones de crisis humanitaria despiertan cierta empatía en la ciudadanía. En general, la temporalidad es “la de la urgencia, que se caracteriza por una aceleración del paso del tiempo”, pero se producen situaciones críticas crónicas (p.38).

Como lo indica Fassin,

la sensación de miedo y el sentido de urgencia que suscita la crisis [propician] un amplio consentimiento hacia las lógicas de excepción, imponen su necesidad a los responsables políticos y justifican hacer caso omiso de los procedimientos habituales, sean legislativos, judiciales o administrativos. Así, el lenguaje de la crisis pone a prueba la democracia (p.38).

Además, difiere la reflexión y “permite actuar sobre las consecuencias (...) pero eludiendo las causas, que son generalmente estructurales” (p.38). La pandemia del coronavirus es su perfecta ilustración, puesto que la utilización de un lenguaje marcial ha contribuido “al fenómeno de conmoción colectiva, [permitiendo] la declaración de un estado de emergencia sanitaria y [justificando] medidas coercitivas” (p.38).

De hecho, ante la incapacidad de los gobiernos para reaccionar de manera apropiada, estos han asistido al debilitamiento paulatino del asentimiento de la población hacia sus gestiones de la pandemia, a la merma de la confianza en sus políticas como consecuencia de la desinformación y de la opacidad de unas decisiones desconectadas de las recomendaciones científicas, al desarrollo de protestas virulentas, y al surgimiento de tesis conspirativas”. Por lo cual, “la crisis sanitaria se ha convertido en crisis de política sanitaria, implicando la crítica de las decisiones tomadas hace tiempo en materia de deslocalización de la producción de bienes comunes, de reducción del gasto relativo al cuidado, de cierre de camas en los hospitales y de dejadez de la sanidad pública” (p.40). En ese sentido, a menudo, una crisis oculta otra o varias crisis.

El debate público se ha centrado frecuentemente “en la fundamentación de las políticas implementadas, la suspensión de los derechos fundamentales [y] la interrupción de la actividad económica” (p.40). Pero un aspecto crucial ha pasado desapercibido. Es el hecho de que, por primera vez en la historia, “la cuestión de la protección de la vida humana, incluso en las edades más avanzadas, se ha convertido en central, hasta el punto de justificar unas medidas liberticidas y costosas”, pero a costa de los colectivos más vulnerables, tales como las poblaciones marginadas o excluidas (p.40).

Si el trabajo crítico es crucial ante las situaciones críticas, su posicionamiento es complejo.

En un extremo del espectro, las competencias de las ciencias sociales puede ser solicitada por las autoridades o por otros actores, tales como organismos de defensa de los derechos humanos, sindicatos, partidos, empresas. En el otro extremo, el investigador puede desear denunciar los problemas de diversa índole a los que se enfrenta, de la injusticia a la corrupción, de la violencia de las instituciones al racismo de sus agentes (p.42).

Entre estos extremos, existe una variedad de grados de autonomía de la investigación y de compromisos, aunque la línea de demarcación entre ambos sea borrosa. En efecto, a pesar del esfuerzo realizado para “producir unos resultados empíricos robustos analizados a la luz de estudios teóricos rigurosos, es preciso reconocer que la introducción de valores no está jamás ausente de la elección y del tratamiento del tema de una investigación” (p.42).

Esto lleva Fassin a cuestionar la división del trabajo científico propuesta por Burawoy (2005) que distingue cuatro tipos de prácticas:

la sociología académica (*professional sociology*), que desarrolla el saber teórico y técnico en el marco de unos programas científicos; la pericia sociológica (*policy sociology*), que está al servicio de objetivos definidos por una demanda exterior; la sociología crítica (*critical sociology*), que cuestiona los implícitos de los fundamentos y de los métodos de la disciplina; y, por último, la sociología pública (*public sociology*), que entra en diálogo e incluso colabora con actores sociales” (p.46).

En realidad, las fronteras son porosas y los investigadores sociales “navegan entre estos diferentes polos” (p.46). Además, en lugar de promover la ciencia social pública, el autor considera más oportuno “interrogarse sobre las condiciones en las cuales se realiza esta entrada en el ámbito público de las ciencias sociales”, a través de la popularización de las obras y su politización, pasando así de una postura normativa a una postura descriptiva y analítica (pp.46-47).

Al término de la lectura de *Sciences sociales par temps de crise*, es obvio reconocer la actualidad de la problemática abordada y la finura con la cual Fassin aborda esta cuestión, a la vez, delicada y esencial. Partiendo de la comparación de las trayectorias académicas y vitales de Lévi-Strauss y Bloch, pone de manifiesto los hechos y las disposiciones así como los contextos y las circunstancias que resultan determinantes en la materia. Interrogando la etimología y la historia del término crisis, y asociándolo a la noción de crítica, analiza su relación con la modernidad. Nos invita a practicar una mirada crítica sobre el papel de la investigación de las ciencias sociales en el análisis de la crisis, que coexiste a menudo con el miedo y la urgencia. Y, lejos de promover una ciencia social pública e incitar los investigadores a convertirse en intelectuales, considera preferible considerar la vida pública como “una parte integrante de la investigación, [porque] revela lo que está en juego, no solamente en la manera de intervenir ante públicos múltiples, sino en la forma en que el espacio público reacciona ante estos saberes” (p.47). A lo largo de este libro, a la vez, denso, ilustrado, claro y legible, Fassin estimula la reflexión y hace gala de perspicacia.

Referencias bibliográficas

- Bloch, Marc (1983). *Rois thaumaturges*. Paris: Gallimard.
- Burawoy, Michael (2005). "For public sociology", *American Sociological Review*, vol. 70, n° 1, pp. 4-28.
- Fassin, Didier (2010). *La raison humanitaire. Une histoire morale du temps présent*. Paris: Seuil.
- (2011). *La force de l'ordre. Une anthropologie de la police des quartiers*. Paris: Seuil.
- (2013). *Juger, réprimer, accompagner. Essai sur la morale de l'Etat*. Paris: Seuil.
- (2021). *Les mondes de la santé publique. Excursions anthropologiques*. Paris: Seuil.
- Fassin, David (2023). *Sciences sociales par temps de crise*. Paris: Collège de France Éditions.
- Lévi-Strauss, Claude (1955). *Tristes Tropiques*. Paris: Plon.
- Said, Edward (2000). *Culture et impérialisme*. Paris: Fayard.